

# *Cultura en la Comunidad de Madrid: los últimos mil días y los próximos mil años*

GUSTAVO VILLAPALOS\*

**S**on ya más de mil los días transcurridos desde que tuve el honor de hacerme cargo de la Consejería de Educación y Cultura de la Comunidad de Madrid.

Hace poco celebrábamos el comienzo de un nuevo año, 1999, último (¿penúltimo?) peldaño de la larga escalera del segundo milenio, que dará paso a una nueva etapa cronológica de la Historia de la Humanidad

Ese inminente horizonte de los próximos mil años, frente a los mil días antes citados, me hacía pensar en los albores de 1999: ¿Qué sentido tiene celebrar la entrada en un año nuevo —pensaba un año más— si no es regocijarse en la esperanza posible?... Y una vez más, ante la proliferación de tantos deseos buenos, venía hasta mi pensamiento la distinción necesaria entre desear y querer, verbos que reflejan desde el

\* Consejero de Educación y Cultura de la Comunidad de Madrid.

punto de vista del sujeto otra diferencia: la que existe entre la quimera y la esperanza. Esperar es la actitud propia del hombre desde el punto de vista de su esencial apertura hacia el futuro. De la misma manera que los ojos en la cara miran al frente, el espíritu lo hace al futuro. La esperanza —enseña la filosofía perenne— es un estado del ánimo que se complace en la anticipación de un bien futuro y posible, real. Pero puede suceder, y de hecho sucede, que nuestra condición futuriza —utilizando la expresión de Julián Marías— anticipe un futuro sin verdadera realidad; un espejismo que se propone a la imaginación como posible y real, no siéndolo: una quimera. ¡Esta es la diferencia! ¡Y esta diferencia nos importa!

Se dice que la política es el arte de lo posible...¡Feliz definición si “lo posible” coincide con el objeto propio de la esperanza: un bien futuro, arduo, posible! Un bien, el bien común —que ha de presidir toda acción política digna de ese nombre— cuyo agente no es el mero deseo, sino el querer; es decir, la firme determinación de la voluntad. Aunque la diferencia semántica entre los verbos querer y desear no es nítida en el Diccionario de la Lengua Española, podemos significar con ellos dos actitudes distintas del hombre frente al tiempo futuro, hacia el que se orienta nuestra existencia. En rigor, podemos desear todo aquello que somos capaces de imaginar; pero únicamente podemos querer aquello que podemos conseguir a través del libre ejercicio de nuestra voluntad. En efecto, podemos desear que llueva, pero nada podemos hacer por conseguirlo. También podemos desear ser justos, honrados, amables y bondadosos, y si ponemos los medios a nuestro alcance, lo queremos.

Desde que leí *La tragedia* de Macbeth he tenido presentes las palabras que William Shakespeare pone en boca de Siward cuando, sitiado el castillo de Dunsinane en el que Macbeth se ha hecho fuerte, las tropas se disponen a librar la batalla definitiva contra el rey usurpador del trono de Escocia: “Los pensamientos especulativos —afirma— nos traen inciertas esperanzas; pero los golpes determinan el resultado verdadero”(1). Desde entonces he tenido presente que la esperanza se construye con la voluntad; lo demás, son quimeras. Y que, si bien mira al futuro, se realiza en el presente.

Con estas ideas en la cabeza recibía el año nuevo. Pensaba en mi responsabilidad al frente de la Consejería de Educación y Cultura de la Comunidad de Madrid y en el tema que nos ocupa: cultura en la Comunidad de Madrid, desde la perspectiva de la cuestión en el umbral del siglo XXI y del tercer milenio. Precisamente por la apertura al futuro que caracteriza la existencia humana prefiero este planteamiento; pues no se trata tanto de hacer hincapié en lo que, entre todos, hemos hecho en los últimos años, cuanto de asomarnos a la ingente tarea que nos propone el porvenir. Tampoco se trata, simplemente, de elevar la mirada sobre el futuro inmediato, dos, tres, cuatro... años; sino de subir a la atalaya del final de un siglo, el contradictorio siglo XX, y asomarse hacia el siglo XXI que inaugura un milenio, el tercero de la era cristiana. Es este un momento decisivo de la historia del mundo en la que hunde sus raíces nuestra Comunidad. Y lo es, no por una coincidencia numérica que, al fin y al cabo, tiene su origen en una convención; sino porque el mundo que nos ha sido dado vivir se encuentra en una encrucijada de profundo calado histórico y cultural.

Nuestros relojes van midiendo día tras día el giro de nuestro planeta, la Tierra, sobre sí mismo; las estaciones marcan su trayectoria alrededor del Sol. Sin apenas darnos cuenta pronto volveremos a celebrar la entrada de otro año nuevo, de un nuevo siglo y, sin embargo, nada habrá de nuevo, distinto de lo que antes había, por el mero hecho de que las agujas de nuestro reloj den vueltas a la esfera cada jornada, por el mecánico gesto de ir pasando las páginas de nuestra agenda, recién inaugurada. El mundo —decíamos— se encuentra en una encrucijada decisiva, y no es el pasar del tiempo, sino la libertad de

los hombres que hace la historia quien lo ha situado frente a ella. De la misma manera, no será el cambio en la numeración de los años, 1999, 2000, 2001..., sino nuestra libertad quien decidirá el camino a seguir.

Ahora bien, después de tantos y tan graves errores, no debemos tomar una determinación sin reflexionar concienzudamente dónde estamos, por qué hemos llegado hasta aquí y adónde queremos ir. Esta es la gravedad de la encrucijada en la que se encuentra la humanidad al final del siglo XX. Hemos de ser muy conscientes de la importancia del momento que nos ha sido dado vivir y de nuestra responsabilidad ante el mundo que dejaremos a nuestros hijos. Hemos de proyectar sagazmente el futuro, y no me refiero al futuro que esperan vivir una, ni dos, ni tres generaciones... Hemos de protagonizar el cambio de milenio a la altura de los tiempos que vivimos. Para ello, es preciso echar la mirada atrás y comprender muy bien cómo y por qué hemos llegado hasta aquí en la manera en que lo hemos hecho; es preciso otear el futuro que necesitamos, quererlo y, queriéndolo, con magnanimidad, construir nuestro presente.

Sé que es fácil tachar estas palabras de grandilocuentes y seguir viviendo en la pusilanimidad de una actitud conformista: el mundo es así... ¿qué puedo hacer yo para remediarlo? Pero es precisamente esta actitud la más firme garantía del fracaso de una generación, la nuestra. En oposición radical a esta actitud se alza vigorosa otra: la actitud de quien es consciente de su responsabilidad histórica. Actitud que comienza con el fecundo conocimiento de la historia. Ella nos muestra la encrucijada trascendental a que antes me refería.

Brevemente: la Modernidad, cuyos albores se sitúan en los lejanos y, sin embargo cercanos, siglos XIV y XV, grávida de aciertos y de errores, de logros y de fracasos, comenzó a desquebrajarse en el siglo XIX y ha seguido haciéndolo hasta nuestros días en los que, sin embargo y en muchos aspectos, aún es vigorosa. Las dos guerras mundiales que hemos conocido en la primera mitad de nuestro siglo supusieron una verdadera catástrofe espiritual en Occidente. Los intelectuales más preclaros del siglo — aquellos que comprendieron y vivieron a la altura de su tiempo— advirtieron que el ideal de la Edad Moderna había hecho quiebra y propusieron un nuevo ideal. Señalaron cómo la Modernidad había seguido una trayectoria equivocada, responsable de su fracaso. Pero la misma mentalidad moderna, tozuda y soberbia, pervive en las ruinas de su antigua grandeza y esplendor. Pervive en la, así llamada, Postmodernidad. El cambio efectivo de ideal hacia el que dirigir nuestros pasos aún está pendiente. Pero, sobre esto, volveremos más adelante. Por ahora, baste retener que el momento decisivo de la historia en que se halla el mundo es un momento de crisis; y que es característico de toda época de crisis la vigencia en el tiempo presente de un modelo, una cosmovisión o referencia, caducado junto a la ausencia de un nuevo modelo apto que sustituya a aquel.

Desde esta perspectiva se comprende que la tarea que la historia propone a las generaciones que habitamos el mundo, y especialmente Occidente, al cambiar de año, siglo y milenio, no se deja constreñir en un estrecho inventario de quehaceres. Por el contrario se trata de una gran tarea que requiere espíritus generosos, capaces de mirar y vivir más allá del estrecho límite que marcan sus intereses particulares. Siempre he pensado que la madurez no es tanto la edad de la persona que ha alcanzado ya su plenitud vital y todavía no ha llegado a la vejez —como la define el Diccionario(2)—, cuanto la capacidad de trascender el círculo de los intereses individuales por mor de los intereses comunes. La madurez no tiene, pues, tanto que ver con la edad como con la generosidad. Nuestra tarea requiere, pues, una generación madura. Por otra parte, es fácil también comprender que se trata de una tarea de índole eminentemente cultural. La historia fluye por los cauces que le marcan las ideas; es decir, las cosmovisiones dominantes

en cada época. Por eso, abordar la cuestión de la cultura en la Comunidad de Madrid, de modo riguroso, requiere una visión infinitamente más amplia que una lista de actuaciones concretas de lo hecho en estos mil días y lo por hacer en los próximos. Exige, si queremos, como pedía Ortega, vivir a la altura de los tiempos, pensar en grande. Exige aunar los tres tiempos que conjuga nuestra existencia: pasado, presente y futuro; pues nada hay más trivial que la pretensión —por desdicha tan frecuente— de pretender construir eficazmente el presente y proyectar inteligentemente el futuro si se ignora el pasado. Por ello, sólo en el contexto histórico-cultural más amplio de Occidente podemos abordar rigurosamente la cuestión que nos ocupa.

Pero el rigor tiene sus contrapartidas: “El hombre riguroso, a todos se hace odioso”, afirma la sabiduría popular(3). Soy consciente de la ingrata consecuencia del rigor, especialmente en nuestro tiempo, determinado en no pequeña medida por la corriente de la corrección política. A pesar de ello, quiero llevar la cuestión propuesta hasta el último término a que puede llegar, que en eso consiste el rigor. Y quiero hacerlo por amor de la cultura y por la íntima convicción de que la cultura es terreno propicio donde ha de florecer, hecho realidad, un deseo largamente acariciado por la humanidad: la fraternidad universal entre los hombres y los pueblos.

Esta es, pues, mi intención cuando redacto este escrito sobre la cultura: llegar hasta el fondo de la cuestión, abarcarla cumplidamente, sin que nada falte; tomar posesión teórica de ella, que es el modo de convertirla en argumento vital. No sé si lograré mi propósito actual. De cualquier modo lo intento en la confianza de que si no lo alcanzo, al menos no será estéril el esfuerzo de entreabrir una cala profunda en las postrimerías de un siglo desesperadamente superficial.

Así es, basta leer o escuchar algunas entrevistas, seguir ciertos debates a través de los medios de comunicación social, conversar, etc., para advertir la superficialidad con que se tratan cuestiones decisivas en la vida del hombre, la ligereza con que se emplean palabras cuyo sentido cabal escapa a su uso abusivo. Incluso el concepto más sublime se vuelve vulgar cuando se utiliza excesiva y, por ende, las más de las veces, impropia; piénsese, por citar uno, en la palabra amistad: ¡qué lejos está el uso frecuente del término amistad con el significado de “camaradería”, cuando no de “complicidad”, del elevado sentido que Agustín de Hipona descubre y narra en sus Confesiones a propósito de la muerte de su amigo Alipio!

Si a estos hechos, fáciles de comprobar cada día, añadimos los cambios que han producido los dos últimos siglos del milenio que finaliza, comprenderemos por qué podemos calificar, como más arriba hacíamos, el final del siglo XX como “desesperadamente superficial”. Si nos preguntasen a quemarropa qué caracteriza nuestro tiempo y la vida del hombre en él, responderíamos sin vacilar: el cambio y, ante él, la confusión agravada por la superficialidad mencionada. En efecto, cambian las fronteras, los sistemas políticos, las relaciones económicas, etc. Compárese, por ejemplo, la realidad y el proyecto de la Unión Europea hoy y hace tan sólo unos años, por no decir cuando se firmó el tratado de Roma; o la España de 1975 y la de veinticuatro años después, 1999; la caída del muro de Berlín... Cambian las relaciones humanas en todos los ámbitos: docente, laboral, familiar, social, etc. Piénsese en los cambios propiciados merced al desarrollo científico-técnico... Nada parece ser lo que era, nada parece ser lo que es. Ante este constante y a veces meteórico fluir el hombre está perplejo, confundido. Tiene la misma sensación que un bañista que en la playa se adentra en el mar y llega a perder pie... Al final del siglo XX, al menos en esa difusa demarcación geográfica y espiritual que llamamos Occidente, el hombre vive desorientado frente a sí mismo y frente a la realidad en torno a sí.

A veces pienso que el escenario de nuestra existencia actual es un laberinto en el que vivir no es ya vivir, sino sobrevivir a la desesperación que produce no encontrar la salida. Ciertos hechos como la pobreza en un mundo más rico que nunca, el desencanto que se manifiesta trágicamente en la drogadicción, la delincuencia, la depresión... y otros tantos problemas que trazan genuinos rasgos de nuestro mundo, demuestran la dramática verdad de que vivir es hoy, en gran medida, sobrevivir. Perdidos en los vericuetos del laberinto de nuestra civilización —de la que tan orgullosos nos mostramos a veces— nos afanamos en buscar a ciegas la salida, sin pensar que de la misma manera que el mítico laberinto de Creta, el de nuestros días también tiene un Dédalo que lo ha construido. Retengamos la imagen: el hombre desorientado en un laberinto. Tal es la visión de la situación del mundo actual que ofrece José Luis Pinillos en su excelente obra *El corazón del laberinto*(4).

Ante esta imagen, urge formular y responder dos preguntas: ¿cómo hallar la salida?, ¿quién ha construido este laberinto y cómo lo ha hecho? Adelantando lo que quiero mostrar, respondo que la cultura, cuando es auténtica, ofrece cumplida respuesta a la primera pregunta. En cuanto a la segunda, la respuesta es, a lo que se me alcanza, la Modernidad, es decir, la misma cultura es responsable.

*Hablemos de Dédalo.* Más arriba aludíamos a los grandes cambios que han traído los dos últimos siglos. Evidentemente, no es este el lugar de realizar un amplio estudio sobre la génesis ideológica de la Modernidad(5), pero sí me gustaría detenerme, aunque brevemente, en uno de sus más poderosos nervios: la irrupción de la ciencia experimental y de la técnica científica en el escenario de Europa. Gracias al enorme desarrollo de la ciencia y de la técnica, la humanidad ha ampliado hasta cotas insospechadas su poder. La formulación del método científico por Galileo dio origen al protagonismo que la ciencia experimental y la técnica científica han tenido en la civilización occidental desde entonces. Se puede afirmar que la historia moderna y contemporánea está caracterizada por el desarrollo de la ciencia y el asombroso dominio de la naturaleza a través de la técnica científica. Ambas lograron desde el comienzo de la Edad Moderna éxitos sorprendentes, que llevaron a pensar que un conocimiento científico muy elevado traería consigo una técnica muy perfeccionada, un dominio absoluto de la realidad y un grado sumo de bienestar y de felicidad. Se configuró de este modo la idea de progreso que se convirtió en ideal de la Modernidad: la convicción de que el progreso de la humanidad es lineal, creciente, constante. La cultura moderna, en efecto, ha seguido la orientación inaugurada por Bacon y sintetizada en el lema “Saber para dominar”.

Sin embargo, algunas experiencias de la humanidad, singularmente en nuestro siglo, han convertido la ilusión en desilusión: las catástrofes nucleares, civiles y militares; la destrucción del medio ambiente, el uso abusivo de las modernas redes de comunicación o de la biotecnología... han hecho del sueño ilustrado de la humanidad una pesadilla. El hombre se sabe amenazado por su poder, y esa amenaza, que es real, nos hace caer en la cuenta de la ambivalencia de la técnica. La ciencia y la técnica no son absolutamente neutras: “Una analogía puede ayudar a entender lo que pasa: la ciencia se parece a la búsqueda de genios embotellados de los cuentos orientales; la tecnología a los deseos que se les pide luego. Subrayemos dos puntos de la comparación: esos genios suelen ser imprevisibles —pueden ser benévolos o maléficos y volverse contra sus liberadores— y, una vez que han salido, es imposible volver a embotellarlos”(6). En este momento de la historia una cuestión se perfila en el horizonte de la humanidad: el hombre tiene un inmenso poder, pero ¿quién ostenta el poder sobre ese poder? “El hombre tiene poder sobre las cosas, pero no —seamos prudentes y digamos todavía no— poder sobre su

poder”(7). Los problemas secundarios o creados por la revolución tecnológica, como el hambre, el paro, la contaminación o el armamentismo, no podrán ser resueltos técnicamente, sino a través de un cambio en la mentalidad humana; es decir, culturalmente.

Por otra parte, más allá de las amenazas que surgen de la ambivalencia de la técnica, hemos de pensar en las consecuencias que trae consigo un mundo como el nuestro en el que el ambiente humano está protagonizado, cada día más, por la técnica. La omnipresencia de la técnica en la vida del hombre, la de cada cual, la de todos los días, puede provocar una injustificable extrapolación de las categorías técnicas (eficacia, utilidad, dominio, etc.) a las relaciones que el hombre establece consigo mismo, con los demás, con el mundo... pervirtiendo ese universo de relaciones en que consiste para el hombre vivir. Así, el hombre contemporáneo corre el riesgo de adoptar una “mentalidad tecnocrática”(8) y extender al conjunto de la realidad y, notablemente al hombre, modos de pensar y de actuar que sólo se justifican respecto a las cosas. Corre el peligro, patente en tantas noticias de todos los días, de deshumanizar el mundo para el hombre. De nuevo aquí surge el gran reto, conocido desde la antigüedad clásica: el hombre es la medida de todas las cosas. Y el reto, también en esta faceta, es un reto cultural.

No se piense, sin embargo, que el tema se resuelve estableciendo una ingenua y fácil oposición entre técnica y cultura. Nada más lejos de la realidad. La Modernidad ha dejado a la humanidad, entre otros muchos y notabilísimos logros, una herencia magnífica con la ciencia y la técnica. Condenar a la ciencia y a la técnica consideradas en sí mismas es pueril y absurdo. No se trata de ensalzar la cultura a costa de la ciencia, las llamadas humanidades y bellas artes frente a la tecnología, o viceversa. Este es un planteamiento simplista abocado al fracaso. El problema es de mucho mayor calado y la solución requiere, en primer lugar, aceptar su carácter complejo y ambiguo, como compleja y ambigua es la realidad.

“Profundamente marcado por los rápidos progresos e incontestables éxitos de la técnica científica, nuestro siglo no desconoce, sin embargo, en el orden espiritual, graves deficiencias, incluso lamentables retrocesos”(9). Aquellos logros han hecho que el hombre, confiado en exceso, haya creído que se basta a sí mismo. Como consecuencia de esta actitud, Occidente quedó marcado por el giro antropocéntrico de la cultura que, en cierta medida, se vio corroborado por el éxito inmediato. Pero debido al carácter limitado del método científico, que no es apto para llegar a lo más profundo de la realidad, a la esencia de las cosas y a sus causas últimas, la cosmovisión moderna ha quedado prisionera en lo superficial, profesando un agnosticismo sobre todo lo que está más allá de lo fenoménico; es decir, sobre todo lo que no es demostrable.

Blas Pascal habla en sus *Pensamientos* de tres esprits o talentos correspondientes a otros tantos órdenes de lo real: esprit de géometrie, esprit de finesse, esprit de prophétie. El esprit de géometrie es propio del saber científico. Las personas y las épocas sobreentrenadas científicamente suelen estar tentadas de reducir todo conocimiento a conocimiento científico. El cientismo de los filósofos positivistas y neopositivistas, ha quedado incorporado a la mentalidad de nuestro tiempo. A causa de los excesos científicos, el esprit de géometrie pascaliano ha triunfado sobre el necesario esprit de finesse o “corazón” que abre la puerta de acceso a la realidad específicamente humana, su interioridad, su drama, su misterio; por no mencionar el esprit de prophétie, a través del cual accedemos a la dimensión trascendente del hombre donde tiene lugar el acontecimiento religioso, la re-ligación de la creatura con el creador.

Tal vez el problema más grave que ha de afrontar la cultura occidental hoy sea el reduccionismo epistemológico. En su origen, un problema académico e intelectual; en la actualidad, aunque inadvertido las más de las veces, un problema social. Si bien quiero pensar que en los ámbitos académicos e intelectuales hoy nadie defiende los excesos de un cientismo reduccionista, éste ha quedado incorporado a la mentalidad compartida por amplísimos sectores de la sociedad —y no precisamente los menos cualificados—, formando parte de las creencias del hombre actual. Prueba de ello es el uso que se hace con frecuencia del adjetivo científico (“científicamente comprobado”), como marchamo de garantía o verosimilitud, por ejemplo, en la propaganda comercial.

Las consecuencias de este reduccionismo epistemológico son mayores de lo que puede apreciarse en una mirada superficial, pues tienen un trágico reflejo práctico, vital. En efecto, reducido el acceso teórico a la realidad en toda su riqueza, sensible y metasensible, se reduce, inexorablemente, la vida del hombre. Imaginemos una casa sin ventanas construida junto a un hermoso jardín. Imaginemos que sus moradores la habitan desde muy jóvenes, desde que nacieron, y sólo han tomado conciencia de sí mismos y de su medio más acá de las paredes de la casa. La ausencia de ventanas por las que asomarse a lo que hay más allá de los muros les impide tomar conciencia del jardín que existe fuera y, en consecuencia, les impide proyectar y realizar cualquier acción en él. Su vida está empobrecida. La situación del hombre al final de la Modernidad es semejante a la de los habitantes de nuestro ejemplo. Los muros sin ventanas responden al pascaliano esprit de géometrie, quien tapiando las ventanas al esprit de finesse y al esprit de prophétie, impide asomarse al jardín y contemplar el cielo sobre él. Pero las consecuencias no acaban ahí. Hay que añadir el lógico escepticismo y relativismo sobre todo lo que queda más allá de los muros de la casa de nuestro ejemplo, cuya consecuencia es lo que podemos con todo rigor denominar la disolución de la cultura.

La sustitución de la verdad por la verificación, la bondad por la utilidad, la belleza por la sensualidad, la unidad por la fragmentariedad, evidencian la crisis cultural de Occidente. La cultura, en efecto, ya no puede cumplir su misión esencial de promocionar al hombre, de ofrecerle referentes seguros, cauces a través de los cuales el hombre alcance su plenitud. La cultura, en este final de siglo, no puede cumplir su función esencial de ayudar al hombre en orden a su perfección y, por tanto, a su felicidad, que es la cara subjetiva de lo perfecto y acabado. El hombre, autor de esta cultura desconfía de ella. La Postmodernidad a la que nos hemos referido sería la expresión filosófica de esta actitud desesperada ante la disolución de la cultura.

He intentado hasta aquí responder con cierta amplitud a la pregunta que formulábamos a propósito de la imagen del laberinto, acerca de quién es el Dédalo, el autor, del laberinto en que se halla nuestro mundo en el tiempo que estamos analizando: el umbral del siglo XXI. Creo que la respuesta está dada: la Modernidad, en lo que los excesos de la Modernidad tienen de trayectoria histórica errada. Nosotros estamos embarcados en esa singladura. El paso de los siglos nos ofrece la perspectiva histórica necesaria para darnos cuenta adónde hemos llegado, así como del trágico destino que nos aguarda si no cambiamos el rumbo.

Sin duda soy consciente de que, por su dramatismo, es fácil tachar este discurso de pesimista y arrinconarlo en los anaqueles del olvido. Sin embargo, la profunda confianza en la afirmación del eminente historiador Claudio Sánchez Albornoz: “La libertad hace la historia y la historia hace la libertad”(10), muestra el sustrato que alimenta la esperanza posible y el auténtico optimismo, que no consiste en juzgar como verdadero, bueno o hermoso lo que no lo es, sino en la serena y responsable

confianza en la realidad y en el hombre que gravita hacia la unidad, la verdad, la belleza y el bien. “La libertad hace la historia...” Pero la libertad está vinculada, determinada, por el pensamiento, por la representación que el hombre se hace de la realidad en torno en cuyo seno y en relación con la cual ha de ejecutar los actos de su existencia personal y colectiva. Aquí hace de nuevo su aparición la cultura, pues, ¿no es acaso la cultura, en su sentido más profundo y frontal, la representación colectiva de la realidad o cosmovisión sobre la que jugamos la partida de nuestra existencia?... Nuestra única partida...

*El hilo de Ariadna.* Con pocas palabras y con objeto de retomar el hilo, recapitulemos. Desde la atalaya que nos ofrecen los últimos años de este siglo, vemos el mundo, y al hombre en él, como un embrollo, un laberinto del que no puede o no quiere salir. “Ha sido la modernización la que ha llevado a Occidente a la encrucijada en que hoy se encuentra. Es el mundo moderno el que ha hecho de sí mismo el confuso dédalo de caminos sin salida, del que la postmodernidad es un reflejo”(11). Y decimos no puede o no quiere salir, precisamente, porque la actitud postmoderna que conocemos consiste, básicamente, en instalarse lo más cómodamente posible en el laberinto, toda vez que se ha desesperado de encontrar la salida. Hasta aquí nuestro discurso es más o menos seguro y aceptado, ya que se trata de un discurso histórico-ideológico.

Sin embargo, no nos satisface quedarnos ahí, en la mera constatación de un hecho: la situación cultural de Occidente. Desde esta atalaya, miremos al frente, al futuro. ¿Hacia dónde caminamos? ¿Podemos buscar el hilo de Ariadna e intentar, como hizo Teseo, escapar del Minotauro? Evidentemente, ni se trata de profetizar el futuro ni es posible hacerlo, entre otras cosas porque es la libertad de los hombres quien construye, día a día, la historia; y la libertad del hombre es imprevisible. No obstante, el reto que se nos propone en esta encrucijada es, en lo que se me alcanza, intentar superar la Modernidad, no desde la Modernidad misma, pues de ahí procede, en definitiva, la desesperanza postmoderna; sino desde la esperanza posible en una cultura ampliada, basada en una razón ampliada que dé cabida en ella a los espíritus de finesse y de prophétie pascalianos a los que, en el fondo, no renuncia el corazón del hombre que gravita indefectiblemente a la felicidad. No, la solución del absurdo, por arraigada que esté y prestigiosa que aparezca ante los ojos de muchos, no nos satisface.

En pocas palabras: el reto frente al siglo XXI, frente al tercer milenio, ya a las puertas, consiste en dotar al prefijo Post- de un sentido que vaya más allá del mero correr del tiempo, o lo que es igual, pasar de la Post- a la Meta-modernidad. ... Y no está de más insistir, se trata de un reto genuinamente cultural.

Pero, ¿qué entendemos por cultura y cuáles son sus condiciones de posibilidad para que podamos hablar de ella en estos términos? ¡Tratemos de responder esta espinosa cuestión!

A diferencia de la materia y de la vida vegetativa y animal, para el hombre existen “las lejanas montañas y las estrellas, cosa que desde el punto de vista biológico es totalmente superfluo”(12). La vida del hombre conjuga naturaleza y cultura. El hombre carece de auténticos instintos y, justamente por ello, supera la naturaleza por elevación. Esa superación se realiza a través del hecho cultural. Este es el más profundo sentido antropológico de la palabra cultura.

Todos tenemos experiencias íntimas, tal vez borrosas, difíciles de concretar y recordar, por las cuales cada uno de nosotros sabemos muy bien que la vida que vivimos es nuestra vida. Me experimento único e irreplicable. Y también sé que mi singularidad no se cifra sólo ni principalmente en los caracteres biológicos y psicológicos que configuran mi cuerpo, mi rostro y mi temperamento; sino que, sobre todo,

se cifra en el conjunto de mis opciones. Todos sabemos que esculpimos nuestra personalidad en una piedra que nos ha sido dada, con el cincel y el martillo de nuestra determinación o... falta de ella.

Son muchos los autores que han descrito esta experiencia, numerosísimos los textos que hablan de ella. Entre todos, tal vez ninguno tan bello como este de José Ortega y Gasset, que expresa como nadie lo que todo el mundo ha sentido: “La vida —dice— nos es dada, puesto que no nos la damos nosotros mismos, sino que nos encontramos con ella de pronto y sin saber cómo. Pero la vida que nos es dada no nos es dada del todo hecha, sino que necesitamos hacérsela nosotros, cada cual la suya. La vida es quehacer. Y lo más grave de estos quehaceres es que la vida consiste no es que sea preciso hacerlos, sino, en cierto modo, lo contrario —quiero decir que nos encontramos siempre forzados a hacer algo, pero no nos encontramos nunca estrictamente forzados a hacer algo determinado, que no nos es impuesto este o el otro quehacer, como le es impuesta al astro su trayectoria o a la piedra su gravitación. Antes que hacer algo, tiene cada hombre que decidir, por su cuenta y riesgo, lo que va a hacer. Pero esta decisión es imposible si el hombre no posee algunas convicciones sobre lo que son las cosas en su derredor, los otros hombres, él mismo. Sólo en vista de ellas puede preferir una acción u otra, puede, en suma, vivir. (...) La vida es un gerundio, no un participio: un faciendum y no un factum. La vida es quehacer. La vida, en efecto, da mucho que hacer”(13).

La vida humana es, pues, quehacer personal indeterminado. ¡Saquemos jugosas consecuencias y conclusiones del pensamiento orteguiano! Nuestra vida es quehacer, tarea o trabajo que hay que realizar. Un quehacer es algo que teniendo que hacerse aún no está hecho, o no lo está del todo. Así, lo más importante en la vida, la vida misma, se nos presenta como abocada hacia el futuro. Por su condición temporal el hombre está instalado siempre en una situación presente concreta, heredera del pasado y volcada hacia lo porvenir. Ello es así, tanto individual como colectivamente. La vida humana tiene así la estructura de la esperanza, que hemos considerado al inicio de estas páginas.

Es quehacer personal y generacional. Queramos o no, no podemos zafarnos de la responsabilidad ineludible que supone vivir. Por ello la vida colectiva o social es historia, mientras que la vida individual es bio-grafía; es decir, escrito de la vida. Una composición de la que cada quien es autor y protagonista. Componer significa “formar de varias cosas una, juntándolas con cierto modo y orden”(14), donde “varias cosas” son las casi infinitas relaciones que establecemos con nosotros mismos, con los demás y con el mundo. Si estas “varias cosas” las juntamos con arte, armónicamente, en conveniente proporción y correspondencia de unas con otras, el resultado será una vida poética; si lo hacemos de cualquier modo, será una vida prosaica.

Y, por último, es quehacer personal indeterminado. Y aquí es donde entra con honores de prima donna la cultura, objeto de nuestra reflexión presente. En otro lugar pero desde el mismo sustrato fecundo de su idea de la vida humana como quehacer, escribe Ortega: “La vida es un caos, una selva salvaje, una confusión. El hombre se pierde en ella. Pero su mente reacciona ante esa sensación de naufragio y perdimiento: trabaja por encontrar en la selva “vías”, “caminos”; es decir: ideas claras y firmes sobre el Universo, convicciones positivas sobre lo que son las cosas y el mundo. El conjunto, el sistema de ellas, es la cultura en el sentido verdadero de la palabra; todo lo contrario que ornamento. Cultura es lo que salva del naufragio vital, lo que permite al hombre vivir sin que su vida sea tragedia sin sentido o radical envilecimiento”(15).

En efecto, no podemos vivir humanamente sin cultura, sin ese conjunto de ideas sobre el universo cuya función esencial es promocionar al hombre, ayudarlo en su desarrollo en orden a su plenitud y, por tanto a su felicidad. Esta es, en definitiva, la tesis personalista de la cultura de Santo Tomás de Aquino: “Todas las ciencias y las artes se ordenan a una sola cosa, a la perfección del hombre, que es su felicidad”(16).

Ahora bien, si la cultura entendida como el conjunto de ideas o representación de la realidad toda, tiene como misión evitar que nuestra vida sea tragedia sin sentido o radical envilecimiento —como afirma Ortega en forma negativa—, o la perfección del hombre que es su felicidad —en expresión positiva de Santo Tomás— (al fin y al cabo, dos caras o expresiones de la misma moneda o realidad), cabe preguntarse, y de seguro que ya lo ha hecho el lector, si, como suele decirse de manera trivial “todo es cultura”. Tal vez sea tópico el ejemplo, pero es evidente que la práctica de la ablación del clítoris frecuente en algunas civilizaciones musulmanas contemporáneas, no contribuye a la perfección de la mujer que a causa de esta mutilación se encuentra privada del placer que la naturaleza ha dispuesto acompañe a la relación sexual. Este y otros ejemplos similares nos permiten establecer una distinción entre cultura y civilización. Civilización, leemos en el Diccionario, es el “conjunto de ideas, creencias religiosas, ciencias, técnicas, artes y costumbres propias de un determinado grupo humano”(17) o de una época determinada. Partiendo de esta definición, entendemos por civilización cualquier representación de la realidad, vigente en un espacio y tiempo determinados, con independencia de que cumpla o no la función esencial de la cultura de perfeccionar al hombre, o lo que es igual, con independencia de que dicha representación se ajuste o no a la realidad representada; es decir, a lo que la realidad es en sí misma. En efecto, la virtualidad en orden a la plenitud de la existencia humana que tiene una representación de la realidad, depende de que se ajuste a la realidad que representa. Por ello, mostrar la íntima dependencia entre la auténtica cultura y la verdad es una de las más urgentes y arduas tareas de nuestro tiempo, tarea que exige poner en juego complejas reflexiones antropológicas y metafísicas que, sin duda, no tienen lugar en estas páginas. Pero sí recordemos la reducción de la cosmovisión operada por la invasión del *esprit de géométrie* de Pascal, ya tratada, que hace especialmente difícil la recuperación de la *utilería metafísica* que es, en definitiva, el hilo de Ariadna que nos puede sacar del laberinto. A mi juicio, importa mucho que comprendamos muy bien la relación causal que media entre la verdad y la cultura auténtica, la que cumple su función esencial de determinar lo que en nuestro quehacer es indeterminado. Relación que, a la postre, es la que media entre la verdad y la vida auténtica del hombre, de cada hombre.

Así entendidas, las palabras cultura y civilización tienen matices esencialmente distintos. La civilización se refiere a todos los sistemas de ideas, creencias y costumbres. Estudiar historia de las civilizaciones es constatar lo sucedido en el ámbito de las representaciones de la realidad que los hombres de cualquier lugar se han formado a lo largo del tiempo. La cultura, en cambio, designaría únicamente aquellas representaciones de la realidad que contribuyen a la perfección y felicidad humanas. La historia de la cultura no admitiría de este modo el plural. Ciertamente, en el lenguaje vulgar utilizamos muchas veces ambos términos como sinónimos. Sin embargo, y en rigor, la distinción entre cultura y civilización nos parece acertada y necesaria(18).

Supuesto todo lo anterior, vemos con claridad diáfana que la cultura no es sólo ni principalmente adorno de la personalidad u oferta de tiempo libre, sino más bien una segunda naturaleza imprescindible para vivir humanamente. La cultura es una auténtica vía de plenitud personal y social, política, económica, etc. La esencia de la cultura nos la muestra como el gozne sobre el que gira el desarrollo personal y social de un pueblo. De ahí, mi confianza en ella como terreno idóneo para el florecimiento de una nueva época

que conozca la plenitud en el desarrollo y vigencia de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, cuyo cincuentenario hemos conmemorado el año pasado. Digo conmemorar, porque decir celebrar junto a las violaciones constantes en todo tiempo y lugar de los derechos de la persona humana resulta, cuanto menos, sarcástico. El cumplimiento efectivo de los Derechos Humanos requiere una sensibilidad universal hacia la persona humana, lo más perfecto que hay en la naturaleza; sensibilidad que, o bien viene de la mano de la cultura, o no vendrá.

Sé que esta confianza en la cultura y en el hombre, su autor, puede tacharse de utópica. De acuerdo, pero siempre que pensemos que la utopía tiene un enorme valor, el valor del proyecto y del “aún no” que nos mantiene en tensión constante hacia la consecución de nuestros ideales. Tal vez ese momento esté, desgraciadamente, muy lejano; los cambios más difíciles de verificarse son los cambios de mentalidad... pero ello no nos exime del cumplimiento de nuestra responsabilidad presente. Cuando, en verano, me cobijo bajo la sombra fresca de los castaños indianos de nuestra ciudad, muchos tan desarrollados y hermosos, pienso que quienquiera que los plantase no lo hizo para sí, sino para nosotros... La madurez hace madurar... Quizá nuestra tarea consista en poner de relieve los errores de nuestra civilización de la que, como decía antes, a veces tanto nos ufamamos, para tomar plena conciencia de ellos; proyectar la luz de la inteligencia y advertir sus sombras; abrir calas lo más rigurosas y profundas posibles en la desesperada superficialidad de nuestro mundo. Y ello, por ingrato que sea.

Honestamente, no podemos confundir la medicina con la ortopedia sin engañarnos gravemente. La medicina cura, la ortopedia remedia. Hemos de promover una acción medicinal que cure verdaderamente. Y esto, en un tiempo en que el brillo externo de la acción ortopédica eclipsa, ciertamente, y deja desatendida a la acción medicinal, oscura, dolorosa a veces, con resultados a largo plazo.

*Cultura y educación.* Por eso, si verdaderamente queremos medicina y no ortopedia, soluciones radicales y no paliativas, hemos de detener nuestra atención en el papel de la educación en la cultura. A veces la palabra educación se emplea como sinónimo de formación, con el significado de ayuda al desarrollo de distintas facultades humanas —físicas, intelectuales y morales—. Pero el término educación se refiere a todas las facultades e incluso al sujeto de ellas; es decir, a la persona humana. El objeto de la formación son las potencias del educando; el de la educación, el educando mismo. Merece la pena distinguir entre información, formación y cultura. La información es una instrucción limitada a los acontecimientos actuales, que implica cierto “presentismo”, el cual nos distancia de la conciencia de nuestro pasado y de nuestra mirada necesaria al futuro. Antes hemos hablado de los tres tiempos que conjuga nuestra existencia, la información se detiene sólo en el tiempo presente. Alguna vez he escuchado que nada hay más viejo que un periódico del día anterior. Es cierto, en el sentido de que el tiempo de la información es el presente. Por eso, cuando la mera información sustituye la formación y educación necesarias, el hombre queda encerrado en su presente, limitado para comprender de dónde venimos y proyectar a dónde vamos. Por otra parte, la información es extrínseca, externa, no compromete a la persona humana, no requiere una participación del sujeto, sino solamente la acumulación impersonal de unos datos en la memoria. Se dice que la nuestra es una cultura de la información. De hecho, la evolución acelerada y constante de las tecnologías que permiten producir, almacenar y manejar información, ha dado pie para hablar de la era de la información. Esto no ha sucedido de la noche a la mañana. La primera revolución de la información ocurrió hace muchísimo tiempo, en los albores de la Edad Moderna. Algunos autores fechan precisamente el comienzo de la Edad Moderna en la invención de la imprenta. Repárese en que

sólo cincuenta años después de que Gutenberg transformara una vieja prensa de vino en una máquina de imprimir con tipos móviles, se habían editado más de ocho millones de libros, repletos de información que anteriormente no había sido accesible a mucha gente. Más tarde, en el siglo XIX, la segunda revolución vino de la mano del telégrafo. La invención de la fotografía, aproximadamente en la misma época, trajo la tercera revolución, a la vez que puso los cimientos para la actual cultura de la imagen; en la que las imágenes, más allá de complementar el lenguaje, tienden a reemplazarlo.

Ya en nuestro siglo hemos conocido la cuarta revolución, la de la radiodifusión. Y nos hallamos inmersos en la quinta revolución, la informática. Todo esto sería sumamente positivo para el ser humano si supiésemos qué hacer con tanta información. La información se ha convertido en un fin en sí misma; se ha extendido la creencia de que la información es deseable por sí misma. No hemos caído en la cuenta de que no sólo la falta de información es perniciosa; también el exceso de información es peligroso cuando el hombre —desprovisto de ideas claras sobre sí mismo, los otros, el mundo...— se vuelve incapaz de tamizar y controlar esa información. La información se va acumulando indiscriminadamente, sin ninguna conexión con los problemas humanos fundamentales, sin relación con las metas del hombre y la sociedad.

Por su parte, la formación, sin significar sólo la mera instrucción, restringe su acción a una facultad, a un aspecto propio de la persona. Así, hablamos de formación científica, física, académica, permanente, etc. El objeto de la formación es siempre un aspecto parcial del sujeto o de la cultura. En cambio, el campo de la educación, como hemos apuntado, es toda la persona y la cultura toda. Cuando la educación se reduce a mera formación o capacitación del sujeto para el desarrollo de actividades por otra parte necesarias para el conjunto de la sociedad, priva al individuo que la recibe de la capacidad genuinamente humana de aspirar al todo, en que consiste la auténtica cultura.

Evidentemente cuando hablamos de una educación para la cultura, no me refiero a saberlo todo. El distintivo de la auténtica educación, la que necesitamos para llevar a cabo la revolución cultural que los tiempos nos proponen, es la participación intrínseca de la persona en las realidades de todo tipo que pueblan el medio humano que, para nosotros, es el mundo. Saber de memoria el soliloquio de Hamlet pertenece al campo de la instrucción, mientras que meditar una y otra vez sobre el texto de Shakespeare y encontrar en él nuevas resonancias interiores corresponde a la cultura. Esto es lo que hizo decir a Paul Valéry que prefería ser leído siete veces por un solo hombre que una vez por siete. Me temo que la expectativas del autor de un best-seller difieren cualitativamente de las de Valéry. La auténtica cultura requiere una formación integral, no, evidentemente, en el sentido de saberlo todo, sino en el sentido de una participación de la persona toda en las realidades que conoce, quiere o contempla. Una participación vital, intrínseca, íntima. Siempre he pensado que es mucho más fructífera la lectura de una decena de libros, el diálogo con los textos, la convivencia con los problemas que plantean, las discusión con el autor, misteriosamente presente entre líneas... que la lectura de cien libros.

La cultura requiere profundizar, ir más allá de la superficie. Lo propio de la inteligencia humana es poder penetrar y romper las apariencias. La debilidad de la instrucción consiste en que ofrece soluciones dadas antes de que se esté en situación de formular personalmente preguntas. La educación que necesitamos es más semejante al quehacer de un explorador que al de un geógrafo. El explorador, que ofrece sus datos al geógrafo, tiene un conocimiento sabroso, particular y directo de los paisajes que ha explorado; un

conocimiento que nacerá y morirá con él. El geógrafo, en cambio, tiene un conocimiento abstracto, impersonal, externo. Tal vez más completo, pero humanamente menos valioso. En esto consiste la participación a que antes me refería como ideal de la educación que precisamos. De poco sirve una oferta cultural amplia si quienes la disfrutamos no somos capaces de participar activamente en lo que se ofrece a nuestra contemplación.

No es este un ideal educativo caprichoso ni utópico. De acuerdo que es difícil de conseguir, pues ello requiere poner en juego sobre estas bases a todos los protagonistas de la educación. Pero estoy convencido de que es el camino más seguro hacia el siglo XXI que queremos. Y lo es porque la vida del hombre es relación. Nuestra biografía personal la escribimos día a día a través de las relaciones, de todo tipo, que establecemos con las realidades de nuestro entorno. La calidad de estas relaciones varía dependiendo del grado de participación personal en ellas; y de la calidad de estas relaciones depende, directamente, la calidad de nuestra vida. Defendemos, por tanto una educación para la cultura que supera por elevación una educación para el bienestar. Defendemos una educación para el bienestar. En efecto, el estado de bienestar no es un fin en sí mismo, sino, según pensaban los clásicos, una cantidad moderada de riquezas es condición de posibilidad —necesaria que no suficiente— para la vida buena, que no la buena vida. La riqueza permite el ocio que, más que el tiempo libre, es el tiempo para la cultura, el tiempo para el hombre, el tiempo para llegar a ser lo que somos, como pedía Píndaro.

Llegamos al final. Mucho nos queda por decir; mucho, tal vez demasiado hemos dicho. He intentado tratar el tema de la cultura en la Comunidad de Madrid, y hacerlo desde la altura que los tiempos que vivimos requiere; lo cual exige una visión amplia, universal, de la cultura que se verifica, no ya en cada pueblo o región, sino en cada hombre. He querido penetrar hasta las profundidades en las que el hombre toma posesión teórica de la realidad, no para quedarse ahí, sino para convertir sus conclusiones en argumento vital o, lo que es lo mismo desde mi punto de vista como responsable de la Consejería de Educación y Cultura de la Comunidad de Madrid, en argumento de la acción política. Mucho es lo que se ha hecho desde la Comunidad de Madrid en los últimos mil días que llevamos al frente de la Consejería, mucho lo que queda por hacer en los próximos mil años. Más que realizar un inventario, he querido mostrar un mapa, un mapa que nos permita orientarnos en la realidad compleja que vivimos. Compleja ontológica e históricamente. Vivir en ella con la plenitud a la que aspira el corazón del hombre, de todo hombre, precisa, en primer lugar, un mapa que nos permita orientarnos; después, continuar la aventura de explorarla, de participar con todo nuestro ser en las inestimables riquezas que atesora y que pasan inadvertidas a una mirada superficial.

Cuando, dentro de poco, al comienzo de otro año nuevo, nos enfrentemos a un nuevo siglo, a un nuevo milenio, será patente que los buenos deseos no harán referencia a nuestra vida individual —ninguno de nosotros conocerá el siglo XXII—, sino a la vida de la humanidad a la que, desde estas páginas, invito a dar lo mejor de nosotros mismos.

## *Notas*

(1)Shakespeare, W., *La tragedia de Macbeth*, V, iv, en *Obras Completas*, Traducción de Luis Astrana Marín, Aguilar, Madrid, 1988.

(2)*Diccionario de la Lengua Española*, Real Academia Española, 1984, p.885.

(3)Martínez Kleiser, L., *Refranero General ideológico español*, Ed. Hernando, Madrid, 1982, p.663.

(4)Comienza este libro el Profesor Pinillos con las siguientes palabras: “Como saben los niños, el Laberinto era el palacio de un antiguo rey de Creta llamado Mínos. Allí estaba encerrado el Minotauro, un temible monstruo con cabeza de toro y cuerpo de hombre, al que todos los años se le entregaban siete doncellas y siete efebos traídos de Atenas. El Laberinto era entonces un intrincado cruce de salas y pasillos del que nadie había logrado salir hasta que Teseo se dejó guiar por el hilo de Ariadna. Luego, con el tiempo, un laberinto ha pasado a ser una cosa enredada, un asunto al que no se le ve la salida, un embrollo. La actual situación del mundo pertenece por derecho propio a este género”. Cf. Pinillos, J. L., *El corazón del laberinto*, Espasa Calpe, Madrid, 1997, p. 9.

(5)Sobre este tema puede verse la reciente obra de Carlos Valverde, *Génesis, estructura y crisis de la Modernidad*, B.A.C., Madrid, 1996, rigurosa y de amenísima lectura

(6)Fernández Rañada, A., *Los muchos rostros de la ciencia*.

(7)Cf. Guardini, R., *El fin de la Modernidad*, PPC, Madrid, 1995, p. 116

(8)Una amplia y magnífica exposición de la mentalidad tecnocrática según Gabriel Marcel puede verse en Troisfontaines, R., *De l'existence à l'être. La philosophie de Gabriel Marcel*, Nauwelaerts, Louvain, 1968

(9)Op. cit., vol. I, p. 51.

(10)Citado por C. Valverde, op. cit., p. IX.

(11)Pinillos, J.L., op. cit., p.12.

(12)Gehlen, A., *El hombre*, Sígueme, Salamanca, 1980, p. 44

(13)Historia como sistema en Obras Completas, Revista de Occidente, Madrid, 1947, vol. 6, I, p. 13 y VI, pp. 32-33. Es mérito del pensamiento contemporáneo la intuición radical de la importancia de la existencia humana. Conviene, sin embargo, distinguir dos posturas en el ámbito de la filosofía de la existencia: la existencial y la existencialista. La primera comprende que el hombre es quehacer, que su existencia no le viene dada hecha del todo, sino que debe hacerla en contacto con la realidad en torno; pero acepta que el hombre tiene un modo preciso de ser, aunque cada hombre haya de verificarlo en su propia carne. El pensador existencialista, por el contrario, no reconoce en el hombre una configuración definida, sino únicamente la necesidad de actuar en cada momento con una libertad absoluta sin referencia de ninguna clase. Tal es el sentido de la paradójica afirmación sartriana de que el hombre está condenado a la libertad. La falta de referencia a valores objetivos que entraña esta manera de entender la libertad humana, es responsable, en buena medida, de los actuales planteamientos éticos que, en otro lugar, he expresado con las siglas “QMD (¡Qué mas da...!)” o TDI (Todo da igual)” (Cf. *El libro de los valores*, Planeta, Barcelona, 1997, p. 9). En efecto, si el hombre no tiene un modo preciso de ser, una naturaleza, ha de hacerse sin referencia alguna; entonces, puede hacerse como se le ocurra, todo vale. El relativismo moral, manifestación del relativismo epistemológico considerado más atrás, encuentra en el pensamiento existencialista una de sus más vigorosas raíces teóricas.

(14)*Diccionario de la Lengua Española*, Real Academia Española, 1984, p. 348.

(15)Cf. *Misión de la Universidad* en Obras Completas, Revista de Occidente, Madrid, 1947, vol. VI, p. 321, reeditada recientemente por la Fundación Universidad-Empresa en su XXV aniversario con la colaboración de la Comunidad de Madrid.

(16)In *Mataphys*, Proem.

(17)*Diccionario de la Lengua Española*, Real Academia Española, 1984, p. 484

(18)En contra de esta distinción se opone un fenómeno creciente al que tal vez no se le presta toda la atención que merece, nacido hace algunos años en las aulas de las universidades norteamericanas. Me refiero a la “corrección política” o lo “políticamente correcto”. Muchos no ven en él mas que una moda pasajera, pero en realidad es una de las formas a través de las cuales se manifiesta el relativismo que anega la cultura finisecular. El movimiento de la corrección política, nacido como hemos dicho en los Estados Unidos de América, pero exportado suave, aunque eficazmente, a esta vieja Europa, se define por la exigencia de compensar las discriminaciones reales que han sufrido y sufren determinados individuos o grupos en las sociedades occidentales. Persiguiendo este noble fin, se ha llegado a extremos,

a veces, grotescos como intentar transformar el lenguaje para evitar expresiones o términos que si quiera remotamente puedan evocar dichas discriminaciones. Así, por ejemplo, el uso constante de la expresión “hombres y mujeres”, en lugar del sustantivo masculino “hombre” bajo el cual se comprende todo el género humano.